

Plaza pública

para la edición del 29 de mayo de 1996

¡Virgen de Guadalupe!

Miguel Ángel Granados Chapa

AMI Dos preguntas saltan a la mente a causa del escándalo provocado por el abad de la basílica de Guadalupe, monseñor Guillermo Schulenburg. Una interroga si el reverendo padre es mentiroso u olvidadizo. Y la otra inquiere sobre la causa del diferendo entre dicho sacerdote y el arzobispado del que depende.

La revista italiana *30 Giorni* (cuyo director Giulio Andreotti ha sido procesado por homicidio, después de haber sido el hombre fuerte de la política italiana durante los ochenta), atribuyó en su número de mayo, al abad Schulenburg, palabras consideradas sacrílegas en México. Don Guillermo no ha sido el primero en negar las apariciones de la Virgen de Guadalupe, ni en cuestionar la historicidad de Juan Diego. Nombres ilustres como fray Servando Teresa de Mier y Joaquín García Icazbalceta lo antecedieron durante el siglo pasado en descalificar las apariciones guadalupanas como un hecho real, comprobable historiográficamente.

No es un crimen o pecado descreer de las apariciones de la Virgen, ya sea en el Tepeyac, en Lourdes o en Fátima. Más todavía, la más rígida ortodoxia católica se duele, aunque no ponga énfasis en deplorarlo, de la marianología como sustituto de la cristología, es decir,

del desplazamiento de Jesús como centro del culto cristiano, porque hay un asomo de idolatría en la veneración a la Madre de Dios por encima de Dios mismo. Pero hay incongruencia en que el administrador del principal templo de devoción guadalupana no comparta la creencia que da origen al centro de pregrinación que ha regido desde hace cuarenta años.

Quizá por eso, Schulenburg decidió negar y hasta indignarse porque se pusieran en su boca dudas más o menos admisibles en cualquier persona, pero no en él. Y al negarlo se ha metido en un berenjenal, porque ha quedado claro que utiliza un doble lenguaje, donde lo mismo afirma su fe en los hechos centrales de la devoción guadalupana que los niega o relativiza.

Anteanoche, junto con su pretendido desmentido a la publicación italiana (dada a conocer en México por el diario *Reforma*), el canal Dos de Televisa se explayó ofreciendo testimonios del guadalupanismo de monseñor Shulenburg. Allí aparece el abad creyente en las apariciones y en la figura de Juan Diego. Pero también se conocen muestras de lo contrario, y hasta una explicación de las peculiaridades de la beatificación del indio que vio a la virgen, según la tradición, varias veces en diciembre de 1531, precisamente en el sitio donde se adoraba a Tonantzin, la diosa india.

Por ejemplo, en el número 15 de *Ixtus*, una revista de cultura católica dirigido por el poeta Javier Sicilia, don Guillermo dice francamente que Juan Diego "es un símbolo, no una realidad". Y explica que la beatificación del indio de Cuautitlán "es un reconocimiento al culto",

no "un reconocimiento de la existencia física y real del personaje". Explica los pormenores de la beatificación, y da cuenta de su distancia con los funcionarios de la curia metropolitana en ese asunto:

"...el arzobispo de México con un equipo suyo, cuatro o cinco sacerdotes, presentaron la causa ante la Congregación para los Santos, insistieron en esa causa, la estudiaron", pero recibieron la recomendación de manejarlo como "culto in memoriam: Prueben que ha habido un culto hace muchos años y manéjenlo así. No traten de probar la existencia histórica del personaje porque se van a encontrar con muchas dificultades". Y por eso la beatificación fue "equivalente", no a la persona sino al culto.

Hay que decir, en justicia, que si bien Schulenburg es antiaparicionista, reconoce bien el valor del guadalupanismo como devoción popular: "A nuestro pueblo en general no le interesa este problema --dijo a *Ixtus*--. Le interesa como fe y eso está por encima de la historicidad o no historicidad del acontecimiento guadalupano".

Esta posición del abad no ha sido ignorada por las autoridades eclesiásticas. Monseñor Enrique Salazar, antiguo párroco de La Asunción en Pachuca, y ahora director del Centro de Estudios Guadalupanos, lo ha sabido desde hace tiempo. Si hoy el asunto florece de nuevo es por un asunto más terreno que divino, como es la administración de la basílica de Guadalupe. Es inminente la partición de la muy extensa arquidiócesis metropolitana, y hay dentro de la jerarquía eclesiástica

una puja sobre el destino del territorio guadalupano, pues Schulenburg quisiera quedar a la cabeza de una diócesis en que su basílica se convirtiera en catedral, y el arzobispo primado Norberto Rivera prefiere que el inevitable recorte de sus dominios lo prive de regir sobre el Tepeyac.

La Basílica de Nuestra Señora de Guadalupe es un centro de poder, de prestigio y de dinero. Su dirección, por lo tanto, es apetecible. Schulenburg fue designado por el arzobispo Miguel Darío Miranda y Gómez, y sus sucesores no necesariamente han comulgado con él, pero no han podido prescindir de su presencia y hasta han entrado en conflicto con él por más de un motivo.

Sea que monseñor Schulenburg, guadalupano antiaparicionista, permanezca en su cargo o sea retirado de él, este episodio puede ser útil para corregir prácticas simoniacas en ese templo. No me refiero al comercio que opera en el atrio o en las afueras del perímetro basilical, sino al lucro con las debilidades populares. Pienso en el caso de los "jurados". Bebedores que se esfuerzan por dejar de serlo, juran ante la Virgen hacerse abstemios, y hacen constar su compromiso en estampas de la Guadalupana en cuyo reverso se anotan su nombre y el lapso abarcado por su juramento. Obtener la bendición correspondiente cuesta, como también es oneroso el permiso para interrumpir la promesa. Quizá cada cuota es mínima. Pero miles la pagan, es ofensiva, e ilustra un comercio con bienes divinas que debe eliminarse. **PAGE**

PLAZA PÚBLICA
MIGUEL ANGEL GRANADOS CHAPA

¡Virgen de Guadalupe!

La basílica del Tepeyac es un centro de poder, de prestigio y de dinero, donde se lucra con la devoción popular; reconocerlo así, y corregirlo, es quizá más importante que el escándalo provocado por el veleidoso abad de ese templo.



DOS PREGUNTAS SALTAN A LA MENTE A CAUSA del escándalo provocado por el abad de la basílica de Guadalupe, monseñor Guillermo Schulenburg. Una interroga si el reverendo padre es mentiroso u olvidadizo. Y la otra inquiriere sobre la causa del diferendo entre dicho sacerdote y el arzobispado del que depende.

La revista italiana *30 Giorni* (cuyo director Giulio Andreotti ha sido procesado por homicidio, después de haber sido el hombre fuerte de la política italiana durante los ochenta), atribuyó en su número de mayo, al abad Schulenburg, palabras consideradas sacrílegas en México. Don Guillermo no ha sido el primero en negar las apariciones de la Virgen de Guadalupe, ni en cuestionar la historicidad de Juan Diego. Nombres ilustres como fray Servando Teresa de Mier y Joaquín García Icazbalceta lo antecedieron durante el siglo pasado en descalificar las apariciones guadalupanas como un hecho real, comprobable historiográficamente.

No es un crimen o pecado descreer de las apariciones de la Virgen, ya sea en el Tepeyac, en Lourdes o en Fátima. Más todavía, la más rígida ortodoxia católica se duele, aunque no ponga énfasis en deplorarlo, de la marianología como sustituto de la cristología, es decir, del desplazamiento de Jesús como centro del culto cristiano, porque hay un asomo de idolatría en la veneración a la Madre de Dios por encima de Dios mismo. Pero hay incongruencia en que el administrador del principal templo de devoción guadalupana no comparta la creencia que da origen al centro de peregrinación que ha regido desde hace cuarenta años.

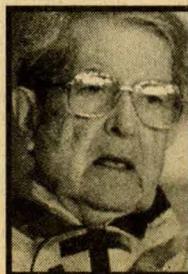
Quizá por eso, Schulenburg decidió negar y hasta indignarse porque se pusieran en su boca dudas más o menos admisibles en cualquier persona, pero no en él. Y al negarlo se ha metido en un berenjenal, porque ha quedado claro que utiliza un doble lenguaje, donde lo mismo afirma su fe en los hechos centrales de la devoción guadalupana que los niega o relativiza.

Anteanoche, junto con su pretendido desmentido a la publicación italiana (dada a co-

nocer en México por el diario *Reforma*), el canal Dos de Televisa se explayó ofreciendo testimonios del guadalupanismo de monseñor Schulenburg. Allí aparece el abad creyente en las apariciones y en la figura de Juan Diego. Pero también se conocen muestras de lo contrario, y hasta una explicación de las peculiaridades de la beatificación del indio que vio a la virgen, según la tradición, varias veces en diciembre de 1531, precisamente en el sitio donde se adoraba a Tonantzin, la diosa india.

Por ejemplo, en el número 15 de *Ixtus*, una revista de cultura católica dirigida por el poeta Javier Sicilia, don Guillermo dice francamente que Juan Diego "es un símbolo, no una realidad". Y explica que la beatificación del indio de Cuautitlán "es un reconocimiento al culto", no "un reconocimiento de la existencia física y real del personaje". Explica los pormenores de la beatificación, y da cuenta de su distancia con los funcionarios de la curia metropolitana en ese asunto:

"...el arzobispo de México con un equipo suyo, cuatro o cinco sacerdotes, presentaron la causa ante la Congregación para los Santos, insistieron en esa causa, la estudia-



No se sabe si el abad de la basílica de Guadalupe, monseñor Guillermo Schulenburg deforma la verdad o simplemente es olvidadizo respecto de las apariciones y de Juan Diego, pues consta que ha dicho lo que ahora niega haber dicho.

ron", pero recibieron la recomendación de manejarlo como "culto *in memoriam*: Prueben que ha habido un culto hace muchos años y manéjenlo así. No traten de probar la existencia histórica del personaje porque se van a encontrar con muchas dificultades". Y por eso la beatificación fue "equivalente", no a la persona sino al culto.

Hay que decir, en justicia, que si bien Schulenburg es antiaparicionista, reconoce bien el valor del guadalupanismo como devoción popular: "A nuestro pueblo en general no le interesa este problema -dijo a *Ixtus*-. Le interesa como fe y eso está por encima de la historicidad o no historicidad del acontecimiento guadalupano".

Esta posición del abad no ha sido ignorada por las autoridades eclesiásticas. Monseñor Enrique Salazar, antiguo párroco de La Asunción en Pachuca, y ahora director del Centro de Estudios Guadalupanos, lo ha sabido desde hace tiempo. Si hoy el asunto florece de nuevo es por un asunto más terreno que divino, como es la administración de la basílica de Guadalupe. Es inminente la partición de la muy extensa arquidiócesis metropolitana, y hay dentro de la jerarquía eclesiástica una puja sobre el destino del territorio guadalupano, pues Schulenburg quisiera quedar a la cabeza de una diócesis en que su basílica se convirtiera en catedral, y el arzobispo primado Norberto Rivera prefiere que el inevitable recorte de sus dominios lo prive de regir sobre el Tepeyac.

La basílica de Nuestra Señora de Guadalupe es un centro de poder, de prestigio y de dinero. Su dirección, por lo tanto, es apetecible. Schulenburg fue designado por el arzobispo Miguel Darío Miranda y Gómez, y sus sucesores no necesariamente han comulgado con él, pero no han podido prescindir de su presencia y hasta han entrado en conflicto con él por más de un motivo.

Sea que monseñor Schulenburg, guadalupano antiaparicionista, permanezca en su cargo o sea retirado de él, este episodio puede ser útil para corregir prácticas simoniacas en ese templo. No me refiero al comercio que opera en el atrio o en las afueras del perímetro basilical, sino al lucro con las debilidades populares. Pienso en el caso de los "jurados". Bebedores que se esfuerzan por dejar de serlo, juran ante la Virgen hacerse abstemios, y hacen constar su compromiso en estampas de la Guadalupana en cuyo reverso se anotan su nombre y el lapso abarcado por su juramento. Obtener la bendición correspondiente cuesta, como también es oneroso el permiso para interrumpir la promesa. Quizá cada cuota es mínima. Pero miles la pagan, es ofensiva, e ilustra un comercio con bienes divinos que debe eliminarse.